



Patricia Lorenzo Navarro

Destronada

PREMIO JORDI SIERRA I FABRA
2017



DESTRONADA

PATRICIA LORENZO NAVARRO

PREMIO JORDI SIERRA I FABRA 2017
DE LITERATURA PARA MENORES DE 18 AÑOS



Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Berta Márquez
Coordinación gráfica: Lara Peces
Ilustración de cubierta: Mónica Armiño

© Patricia Lorenzo Navarro, 2017
© Ediciones SM, 2017
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-9586-4
Depósito legal: M-10271-2017
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Para Camila, mi mejor amiga
del otro lado del mundo.*

Prólogo

12 de junio de 2017

El mejor día de mi vida fue cuando descubrí que podía comerme el mundo. Que todo lo que yo quisiese iba a ocurrir. A mi alrededor, el tiempo fluía a mi manera y nada podía impedirlo.

De nada serviría pensar en lo ingenua que era, porque simplemente nunca me he sentido como aquel día. Puede que lo que creyera no fuese verdad, que todo lo que daba por seguro fuese a caer en breve. Pero el mundo giraba a mi alrededor. Podía desmoronarse, pero si algo sabía, es que iba a desmoronarse virando sobre mí.

En mi pequeño universo, yo era el sol. Radiante y cargada de hormonas adolescentes. Echando a perder mi inocencia, ganando popularidad y con la cabeza bien alta. Si nunca has probado la fama, no lograrás entender esa sensación: la envidia, la admiración y el odio. Por eso mismo, pronto se volvió mi adicción. Subía peldaños en la escalera del reconocimiento entre mis compañeros. En cada momento ansiaba llegar a la cima.

El reconfortante brillo de ser apoyada me aislaba de la realidad, me convertía en un cuerpo de plástico. Asimismo,

me cerró las puertas al mundo real y, en cuanto pudieron, estas se abrieron sin avisar. Me succionaron por completo, dejándome caer en un abismo que se lo llevó todo.

Cuando casi podía abrazar el éxito, apareció mi premio. Su fulgor eclipsaba el mundo y de inmediato caí en la trampa de su brillante veneno.

Lo merecí. Cada tropiezo, cada escalón que bajé en esa escalera del demonio, era merecido. Todo lo que llevé a cabo para alcanzar mi trofeo me pasó factura. Y lo acepté, como un preso que acepta su condena, porque me lo merecía.

Si pudiese volver atrás, lo cambiaría todo. Daría la popularidad por defender la sonrisa de un chico sin suerte. La daría por ayudar a una chica que solo estaba ilusionada. Por no ir a esa fiesta. La cambiaría por fuerza. Por un «no».

Como no puedo retroceder en el tiempo, debo conformarme con algo mucho menos agradable. Lo he intentado. Devolverle la sonrisa, encontrar de nuevo su ilusión, pedir disculpas. No parece que nada vaya a mejor, a pesar de todo.

Supongo que no todo el mundo es afortunado. No todo el mundo puede reconducir su camino. A veces, una mala decisión no se puede reparar; a veces vamos en dirección contraria. Y al parecer, a veces el camino desaparece. Cuando, dispuesta a recomponer mi objetivo, me pongo a andar, ya no hay camino. No sé por dónde ir.

No escribo esto para que lloréis por mí. Tampoco porque desee estar en otro lugar, tener otra vida. Eso es lo último que querría. Simplemente espero que esto pueda hacer ver

a cualquiera que lo necesite la importancia que tiene saber elegir. Negarse a tiempo, tomar buenas decisiones y aceptar solo cuando es debido. No jugar con la gente porque el mundo jugará contigo.

Ni se os ocurra echarme de menos. Sin duda, no lo merezco.

Mackenzie

1

Reina

Nueve meses antes,
15 de septiembre de 2016

Las sábanas resultan suaves al tacto. Guardan el calor de los sueños que durante una noche me han mantenido ocupada.

Memorables tardes sobre las olas, atardeceres y mañanas soleadas. Arena entre los dedos, agua agitándose contra mi vientre y un súbito rumor de risas en la orilla.

Una sonrisa afable y blanca coronada por pequeños surcos en la aceitunada piel. Su familiar mirada bajo las gafas me llama con la voz llena de ilusión. Más tarde, esa adorada fragancia de hogar. Dulces abrazos fraternales que aún en pleno septiembre me trasladan a mi último verano en casa.

* * *

El poder surge de creerse poderoso. Solo cuando sabes que los demás girarán sus cabezas para observarte pasar, eres realmente consciente de sus miradas asombradas. De tal vigor surge la admiración. Nace de mentes sencillas creadas para seguir a las masas, con la sola motivación de encajar. Cuando eres respetado y tienes dominio, nada puede frenarte. Nadie corre el riesgo de enfrentarse a la multitud.

Con esa brillante seguridad, afronto ansiosa el primer día del curso más largo de mi vida.

Los pasillos rugen. Los alumnos corren por todas partes, abrazándose, recuperando a sus amigos tras tres largos meses sin verse. Aún no hay rutina. Nadie quiere sentarse en una silla durante siete horas, escuchando una lección que podemos aprender mañana. El calor nos hace sudar; buscamos refugio junto a la brisa que entra por las ventanas. La entrada, abarrotada, parece una verdadera pasarela. Los modelos lucen sus trabajados bronceados, peleándose sutilmente por el mejor puesto. El aire huele a verano, mientras este se nos escurre inevitablemente entre los dedos.

De entre la multitud, mi pequeño séquito de amigas corre a mi encuentro entre chillidos adolescentes. Las abrazo fingiendo la más amplia de las sonrisas.

—¡Berta, Blanca! Cómo os he echado de menos ...

Las chicas responden a mi escaso saludo como es normal en ellas. A sus ojos, he movido el mundo entero para seguir junto a ellas otro curso. A los míos, la popularidad conlleva tener a las chicas pegadas a la espalda. Ya dispuesta a tener una sombra, debo tener una sombra acorde con mi estatus en el instituto.

Están igual que siempre, e incluso más arregladas. Con la piel excesivamente morena, demasiado maquillaje, cortes de pelo idénticos ... Todas siguen las últimas tendencias. Incluso sus bolsos, que resultan demasiado pequeños como para llevar siquiera una libreta.

—¿Te gustan nuestras faldas? —pregunta Blanca pavoneándose.

Dichas prendas serían mucho más apropiadas para la noche de un sábado, en el cuerpo de una mujer cinco años mayor que ellas. Brillan más que la bola de la discoteca donde ayer pasaron la noche. Decido ignorar su pregunta, sin necesidad de herir sus sentimientos.

—¿Qué tal el verano? —respondo en su lugar.

«Mala idea». Las dos se adentran en un interminable relato de playas, piscinas, chicos, fiestas y ropa.

Mientras hablan, mi cara se adentra en un verdadero ejercicio de actuación. Finjo una admiración absoluta por su ridícula historia. Es tan normal y tan predecible que no me sorprende lo más mínimo. Me dedico a mirar a los demás compañeros que pululan a nuestro alrededor. Todos demasiado pendientes de los meses anteriores, tanto que ignoran el ruido que hace el timbre, que acaba de sonar.

* * *

De camino a clase me saluda mucha gente. Todos parecen callarse al verme, para luego encender murmullos a mi espalda. Me tratan con un respeto que me pone los pelos de punta. Analizan mi pelo, mi ropa, mi cara, incluso la forma en la que camino. Buscan cualquier detalle que les indique por qué no son ellos los que se encuentran en mi lugar. Al mismo tiempo, ninguno osa acercarse demasiado, como si el mero hecho de hablarme pudiese dejarlos en evidencia.

Aun así, aterrados y envueltos en una peligrosa aura de envidia, me veneran como si de una reina se tratase. Soy consciente de que Berta y Blanca me siguen, desafiando con la mirada a los demás. Disfrutan cada segundo de tan amargo recorrido. Son las consejeras de esta supuesta mo-

narquía, que cuidan con cautela la corona que ellas mismas imaginan en mi cabeza. Una corona que no existe. A pesar de haberla cargado con anterioridad, me desagrada profundamente.

* * *

Durante el recreo me bombardean a preguntas sobre Boston. Quieren saberlo todo: a cuántos chicos he besado; cuántas veces me escapé de casa de mi abuelo; si hice muchos amigos; a cuántos atractivos estudiantes de Harvard conocí.

Siguen así un buen rato, parecen niñas hablando de una nueva tienda de golosinas. Pienso en todo lo que podría contarles, en lo mucho que podría abrirme ante ellas con una simple explicación.

«Pasé el mejor verano de mi vida en casa de mis familiares americanos –podría decir–, en la ciudad donde nací. El bronceado de mi piel se debe a largas tardes en las playas de las afueras. A días memorables en el pequeño catamarán del abuelo Earl. Nunca me escapé, todas las noches volaron alrededor de una cálida hoguera junto a mis amigas. En la cabaña de Emily, o en un jardín, o cocinando en la barbacoa de madrugada. El único universitario que conocí fue mi primo Jamie, que me llevó a ver el campus de Harvard y que además me enseñó a surfear. Desearía seguir con ellos ahora, en América, en lugar de aguantar otro año más hablando todos los días del color de nuestras uñas o de la altura de nuestros zapatos».

Como es de esperar, en su lugar, decoro ligeramente la verdad.

—¡Chicas, cómo os hubiese gustado estar allí conmigo! Las tiendas son geniales, y todos los chicos son mucho más atractivos que en España. Estuve cada noche en una fiesta distinta, mientras el viejo pensaba que estaba en la cama. Besé por lo menos a cinco chicos. ¡Y eran todos mayores que yo!

Sin mucho esfuerzo, consigo fascinar a Berta y a Blanca. Veo cómo sus ojos brillan con mi mentira. Creen que, siendo mis amigas, parte del falso triunfo de mi verano se les atribuye a ellas.

* * *

A la salida desaparezco lo antes posible, para evitar más conversaciones que puedan incomodarme. Decido no llamar a mi padre para que venga a buscarme, aunque hay un buen trecho hasta mi casa. Hoy prefiero recorrerlo a pie, en compañía de las preocupaciones que amenazan mi integridad.

Paseo junto a una madre joven con un niño de no más de cinco años. Parece que hablan del colegio. El pequeño sonríe abiertamente mencionando una docena de nombres, compañeros a los que indudablemente ha echado de menos. Los adelanto pensando en mis amigas.

La razón por la que les escondo la verdad me resulta algo confusa. Es la primera vez en mucho tiempo que viajo a la casa donde crecí. Ciertamente, sé que las aventuras que a mis ojos resultan de lo más apasionantes no serían lo que ellas esperan de mí. A pesar de lo evidente, mis motivos son bastante más egoístas de lo que parecen. No quiero que me quiten eso.

Es mi verano, mi abuelo y mi casa, y que ellas lo sepan no va a traer nada bueno. Dejarían de verme de la misma forma, como a la chica popular que se lleva por delante a todo el que se interpone en su camino.

Durante estos últimos meses de verano, y por primera vez en mi vida, no sentí la necesidad de ocultarme tras una faceta de reina que se dedica a asustar a las masas. Y a pesar de que me aterra admitirlo, fue perfecto, sentí que todo iba exactamente como estaba previsto.

* * *

Nunca se deben tener demasiadas expectativas en un primer día de clases. A pesar de eso, no esperaba acabar tan perdida. El ambiente me ha descolocado y no puedo evitar sentir que la situación me ha sobrepasado. La popularidad, que antes era mi mundo, parece haber perdido su importancia tras el viaje. Cuando lo único que me apetece es volver a América, nada me deja concentrarme en mi vida aquí. Estoy aterrada.

Mi abuelo llama por la noche. Decido ignorar el teléfono y me meto en la cama.

* * *

Estoy en clase, sentada en un pupitre junto a Emily, mi amiga americana. Justo cuando voy a preguntarle algo, la puerta del aula se abre y entran Berta y Blanca rodeadas de otras cuatro chicas. Todos se centran en ellas, embobados. Nadie habla y ellas disfrutan del silencio y las miradas asombradas. Se deslizan hasta su mesa, moviendo exageradamente las caderas. Me dispongo a hablar con ellas, pero

al intentar levantarme no consigo despegarme de la silla. Trato de poner ambos pies en el suelo, pero no puedo mover las piernas.

Busco otra manera de llamar su atención, y muevo un brazo para llamarlas. Las chicas me ven y ríen, cambiando la dirección de sus miradas. Tras otros breves y desafortunados intentos, me doy por vencida: me ignoran.

Me giro para hablar con Emily, pero ya no está a mi lado. El asiento está libre. Una alumna se acerca, una chica muy tímida con la que nunca he compartido más de tres palabras. Pongo mi bolso sobre la silla antes de que consiga sentarse.

—¿Pero qué haces? —grita—. ¿Quién te crees que eres, la reina?

Me despierto de golpe.

* * *

La mañana transcurre con normalidad, dejando claro que los temores de mi pesadilla no son más que sueños con el simple propósito de hacerme olvidar el verano y recordarme la importancia de la jerarquía social del instituto.

No puedo malinterpretarme: América es genial, pero me encanta mi vida. Ser popular me gusta, adoro sentirme superior. Hoy camino por los pasillos más erguida y con la barbilla más alta. Miro por encima del hombro a mis compañeros con la sonrisa más irresistible de mi repertorio. Visto un conjunto que todas querrán tener, con unos zapatos cuyos tacones son tan altos que ningún adulto los vería aptos para ir a clase.

Con la autoestima recargada, todo se hace más fácil. Veo a mis amigas más simpáticas, y a pesar de que nunca deja-

rán de resultarme algo molestas, sus conversaciones son menos desagradables cuando pensamos de la misma forma. Ignorar el problema de ayer parece ser la mejor solución porque, a sus ojos, mis preocupaciones nunca han existido.

–¿Sabéis? –menciona Berta–. En clase de química, he oído a los chicos hablar; parece ser que este viernes irán a una fiesta en el parque para suavizar la vuelta a clase. ¡Será genial!

Blanca empieza a hiperventilar:

–¡Tenemos que ir! ¡Vamos a ir! ¡Por Dios! ¿Qué pensáis poner? ¡No tengo nada decente que llevar! ¿Podemos ir de compras?

La miro incrédula, cortando sus balbuceos rápidamente:

–Relájate... Podemos ir al centro comercial esta misma tarde.

Mi idea les parece fantástica y empiezan a reír histéricas. Tengo que admitir que por estas cosas les guardo bastante cariño; al fin y al cabo, son mis amigas.

* * *

Mamá me está esperando a la salida del colegio hoy, con el coche. Subo algo extrañada, aunque ella disipa mis dudas rápidamente.

–Tu padre y yo tenemos que ir a una reunión. Parece que irá para largo, así que no volveremos hasta después de cenar. Quería decírtelo en persona, por eso he venido.

–Gracias por recogerme.

–Te hemos dejado cena en la nevera, cariño. Si necesitas algo más, llámame, pero solo si es realmente urgente.

–De acuerdo –contesto secamente.

Mis padres suelen trabajar mucho, hasta muy tarde. No me sorprende demasiado, ya es algo habitual en la familia.

—Supongo que no tendrás mucho tiempo de necesitar nada. La madre de Claudia ha mencionado antes que tenéis un examen de matemáticas mañana mismo. No me imaginaba que los profesores empezasen tan fuerte el curso, cariño; solo lleváis dos días de clase.

—Es bachillerato, mamá... De todas formas, ¿qué hacías tú hablando con esa madre?

—Me la he encontrado de camino. No es que estuviese espíandote, tranquila —se ríe de su propia broma.

—No, eso sería demasiado trabajo.

Ya hemos llegado, así que bajo del coche antes de que pueda contestarme. Aun así, veo cómo asoma la cabeza por la ventana.

—¡Nos vemos por la noche!

No respondo.

Dejo el bolso en el recibidor y me aseo rápidamente. Aprovechando la ausencia de mis padres, cojo unos cuantos billetes del cajonero de su dormitorio. Sé que realmente no van a molestarse, pero tomo mi acto de rebeldía como una manera de hacerles pagar su falta de atención. Ya preparada, salgo de casa, dejando dentro los libros y todo el estrés de las clases mientras llamo a Blanca:

—¿Dónde nos vemos? Ya he cogido dinero.

* * *

Vuelvo a casa al atardecer cargada de bolsas, que escondo en el armario para que no las vean. Lo hago rápido, aunque aún espero tres largas horas hasta que mis padres llegan.

–¡Cariño! ¡Ya estamos aquí! –grita papá.

«Como si no lo hubiese oído», pienso. Ignorando su aviso, voy al baño a prepararme para ir a dormir.

A pesar de no haber oído ninguna respuesta, mis padres no se molestan en venir a hablar conmigo directamente. Pasan aún otros veinte minutos hasta que mi madre aparece por mi habitación, donde estoy.

–¿Qué tal el día, cariño? ¿Has estudiado mucho para el examen?

«Mierda».

Le sonrío falsamente:

–Me voy a dormir ya, mamá. Estoy muy cansada de estudiar.

–Buenas noches, mi vida. Que duermas bien. Te queremos.

–Si tú lo dices... –susurro cuando cierra la puerta.

Sé que no puede oírme, pero aun así me alivia decir este tipo de cosas en voz alta. No escuchan más de lo necesario, así que nunca me oirán comentar nada que pudiese herir sus delicados egos.

El examen no ha sido una prioridad esta tarde, eso está claro, pero ahora se convierte en lo más importante. Ya es medianoche y mis padres deben estar metiéndose en la cama. Cautelosamente, saco el libro de matemáticas de mi bolso y lo abro, dando paso a la que va a ser una larga noche.

* * *

Me levanto diez minutos antes de que suene la alarma para poder maquillarme, borrando todo signo de falta de sueño. En total he dormido una hora y diecisiete minutos,

pero el examen de hoy me irá genial, no hay nada que el profesor pueda preguntar que se me escape de las manos.

En casa nunca se desayuna. Por las mañanas, nadie tiene tiempo de preparar algo para comer, así que normalmente papá aparca el coche frente a una cafetería de camino al colegio. Todos los días siguen ese orden: primero, un café cargado para ocultar que he pasado la noche en vela estudiando; después, papá me deja en el instituto y continúa su camino hasta la empresa donde trabaja con mamá.

—¿Has dormido bien? —pregunta ella, unas manzanas antes de llegar a mi destino.

«Una hora y diecisiete minutos».

—Sí, genial —respondo saliendo del coche.

Espero en la entrada; hoy he llegado más pronto que de costumbre. El café está especialmente cargado, como le he pedido a la dependienta, y poco a poco empiezo a recobrar energía. Tras echar un vistazo a mi alrededor, saco el libro de matemáticas, para tranquilizarme más que nada. Pierdo la noción del tiempo y, cuando levanto la cabeza de los números, la mayoría de los alumnos ya han llegado. Cierro el volumen y lo guardo en el bolso.

—Qué empollona —dice Blanca.

Aparece por mi derecha repentinamente, seguida de Berta. Bebo un largo sorbo de mi café, ya frío, antes de responder.

—No, tranquilas. Es solo que antes de hacer el examen quería saber qué entra.

—Yo tampoco he estudiado nada. Estuve toda la tarde probándome lo que compramos ayer —ríe Berta.

—¡Igual que yo! —chilla Blanca.

Las dos se giran hacia mí, esperando que diga algo. Sigo bebiendo de mi café para evitar la respuesta, pero no me quitan los ojos de encima. La presión que depositan sobre mí me incita a responder.

—Sí, yo también hice eso.

Contentas con eso, entramos en clase para el examen de matemáticas.

* * *

Ha sido más sencillo de lo que esperaba. Al ser la primera prueba del curso, el profesor se ha contenido. Aun así, comprendo que sin mis horas nocturnas de estudio no me habría acordado de ninguna de las fórmulas que se repetían por los múltiples ejercicios.

Al salir del aula, caminamos detrás de Claudia; otra chica, Marta, y un chico, Alejandro. Están comentando el examen que acabamos de hacer.

—No era demasiado difícil. Estaba bastante bien.

—Exacto, había que pensar, pero no costaba tanto. Yo creo que he hecho un buen trabajo.

—Yo he dudado en el segundo problema, no lo he visto nada claro a la primera ¿Qué os ha dado? ¿Quince metros, por casualidad? —pregunta Alejandro tímidamente.

«¡Bien!». A pesar de que la respuesta es correcta, o eso creo, las chicas no articulan ningún sonido. Él mira el suelo, enmudecido repentinamente.

A mi lado, mis amigas se remueven inquietas hasta que no aguantan más. Berta los adelanta y se detiene delante de ellos, mirándolos con superioridad.

—Mira que llegáis a ser pesados. ¿Acaso no tenéis vida?

Blanca, que encuentra la situación exageradamente divertida, se une a la conversación.

–Tanto estudiar, tanto estudiar... ¿Y para qué? ¡Si sois feas igual!

–Empezad a buscar novio ahora mismo, ¡antes de que cumpláis setenta! –Berta empieza a reír histéricamente, como de costumbre. De repente para en seco, mirando a Alejandro–. Y novia.

–No, boba –interrumpe mi otra amiga. El chico palidece–. ¡Seguro que prefiere un novio también! ¿No has visto lo mariquita que es?

La situación es verdaderamente humillante para ellos, así que decido intervenir con un tema más suave.

–Prefieran lo que prefieran, deberían empezar por cambiarse de ropa. ¡Mi abuela viste mejor que vosotros!

Mis amigas ríen de nuevo, felices al ver las caras de nuestros compañeros. Estos me miran buscando un ápice de compasión, como el condenado a muerte que besa los pies de la reina pidiendo piedad. Suelto una carcajada amarga como respuesta y Alejandro sale corriendo hacia el baño.

–Irás a retocarse el maquillaje –añade Blanca, con lágrimas en los ojos de tanto reír.

Claudia se acerca a ella, dispuesta a defender al chico. No debe tenerle mucho aprecio, porque basta un leve empujón por parte de mi amiga para que agarre a Marta por la muñeca y se marchen a la siguiente clase.

–Es demasiado gay –observa Berta.

Entro en la clase sin contestar.

* * *

Estoy pintándome las uñas en mi habitación cuando oigo un grito de mi madre que proviene del salón. Parece ser de alegría, o eso indican las risas que se oyen a continuación. Le resto importancia, pero unos escasos minutos después, la puerta de mi cuarto se abre dejando entrar a una eufórica mamá:

–El abuelo Earl está al teléfono –dice mientras tapa el aparato con una mano–. Quiere hablar contigo.

Eso explica el grito de felicidad: todos queremos mucho al abuelo. Le echo mucho de menos y ansío darle un fuerte abrazo, pero no me apetece conversar con él. Temo que, si lo hago, todo lo que sentí el primer día de clase volverá a mis pensamientos.

–Cariño, coge el teléfono.

–No quiero hablar.

–Vamos –insiste mamá–. Llama desde Boston, sabes que es caro.

–Que no me apetece.

–Ahora se pone –dice sobre el micrófono–. Toma.

Cierro el botecito de pintaúñas antes de continuar. Le arrebató el teléfono con un gesto brusco.

–De acuerdo, pero cierra la puerta.

Mi madre se va contenta, dejándome sola. Respiro hondo.

–Hola, abuelo.

–¡Mackenzie, querida!